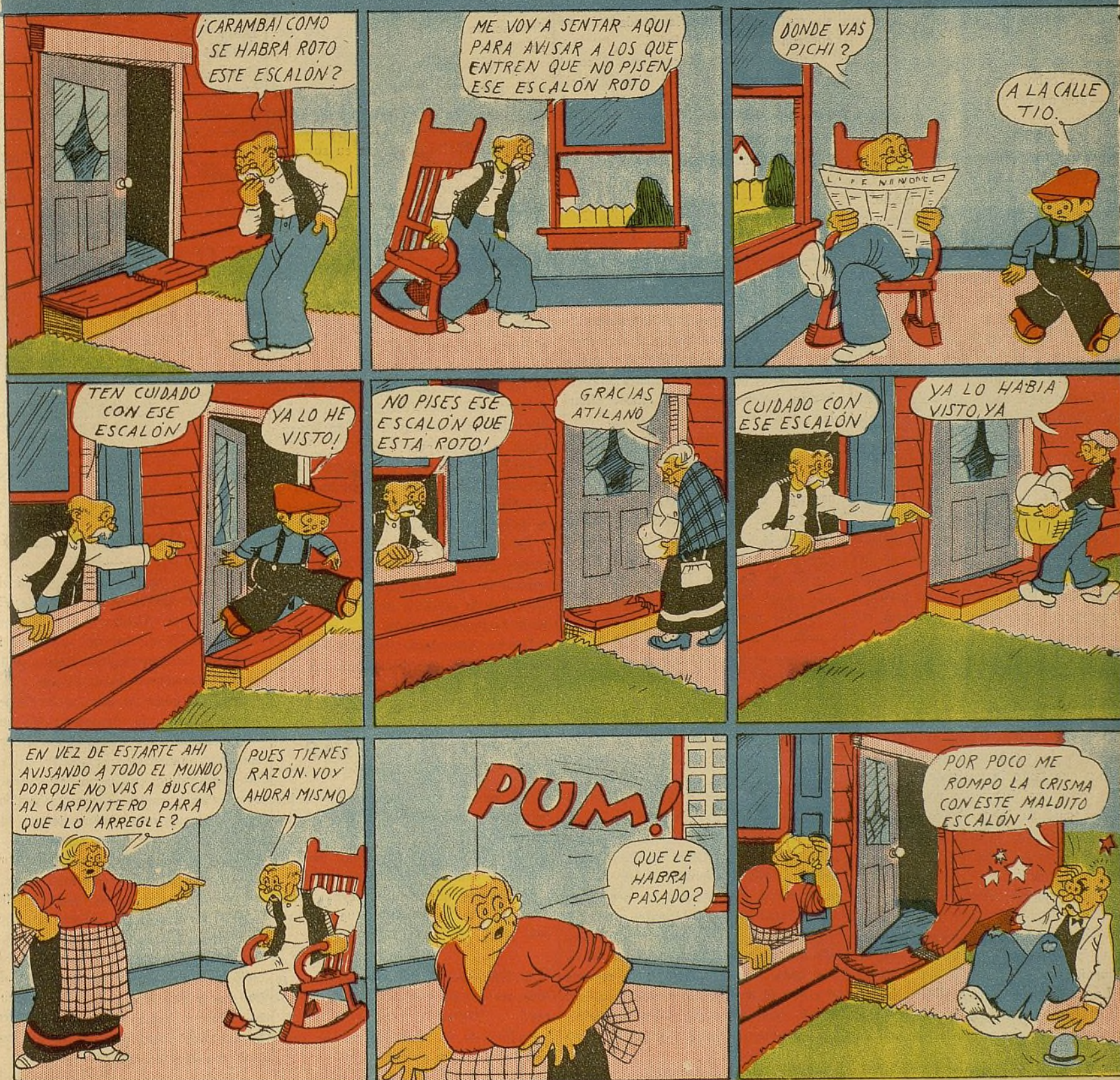




Nº 83 Año III • SEMANARIO INFANTIL • 20 CTS.

AVENTURAS DE PICHÍ





Corazón de oro

Por extraño que pueda pareceros, la tristeza de Luisita provenía de que era muy baja y muy menudita.

Un día estaban reunidas cuatro o cinco niñas y cada una de ellas decía su edad:

—Yo tengo siete años y medio.

—Yo, ocho.

—Yo, nueve y cuatro meses—exclamó Francisca desde lo alto de sus piernas de cigüeña—, pero todos dicen que represento doce.

—Yo, soy más vieja que tú—dijo Luisita—. Tengo nueve años y medio.

—¿Tú? Si pareces un perrito sentado.

La frase fatal estaba lanzada. Francisca no la había inventado; pero Luisita la oía por primera vez y la impresión fué fulminante. La pobre niña se sintió herida en lo más vivo, tanto más, cuanto que las otras se pusieron a reír ruidosamente.

Sin embargo, nada más bello y gentil que aquella criatura, chiquita, pero bien proporcionada, con su dulce rostro encuadrado en bucles de oro e iluminado por una sonrisa que hubieran envidiado los propios ángeles, si éstos fuesen capaces de tan feo defecto.

Si Luisita hubiera tenido la lengua tan suelta como su compañera, la hubiera contestado: "La mala yerba crece mucho". Pero Luisita nada tuvo que contestar, o más bien la contestó con sus actos al día siguiente.

Aquel día encaramada sobre un taburete, Luisita arreglaba el escaparate del establecimiento de sus padres. En él fué colocando los cuadernos iluminados con fuertes colorines, de las aventuras de Pinocho, la Caperucita Roja y otros varios que tanto la gustaban leer. Luego, como era jueves y no tenía colegio, tomó su labor de costura y se sentó detrás del mostrador a trabajar.

—¿No vas a jugar, Luisita?—le preguntó su mamá.

—No, mamita; prefiero ayudarte a despachar.

—No, nena; no quiero que te quedes aquí. Es poco sano. Ve a jugar con tus compañeras.

La niña obedeció sin replicar. No había dicho a su madre la afrenta que había recibido. Su mamá la habría consolado, haciéndola ver una verdad que

su espíritu infantil no hubiera podido comprender todavía, y es que el mérito de las personas no se mide por la estatura ni por la belleza o fealdad de su rostro, sino por la bondad de su corazón y por su sabiduría.

Luisita salió de la casa con el corazón oprimido. Ella sabe bien el recibimiento que la espera. En el momento en que la ven a lo lejos las malas lenguas, empiezan a gritar:

—¡Ahí viene perrito sentado.

—¿A qué vamos a jugar?

—¡Al escondite.

—¿Quién se queda?

—Perrito sentado—grita Francisca.

—Así correrá más y se le estirarán las piernas.

Luisita, resignada, persigue a sus compañeras. Las mejillas se la ponen coloradas con el ejercicio; el sudor corre por su frente, y las lágrimas acuden a sus ojos, porque sus compañeras se burlan de ella porque no puede pillarlas.

Al través de sus lágrimas, ve entre las piernas largas y flacas de Francisca, un delantalito azul, y dos piernas muy chiquititas que caminan como los patitos recién nados del huevo. Aquello la hace olvidar su pena.

—Es tu hermanito?—la pregunta.

—Sí, es Carlitos. Es la primera vez que mamá lo deja salir a jugar.

—¿Qué guapo!

—Sí, y me quiere mucho; no quiere separarse ni un momento de mí; ¿verdad, ricura?—dijo Francisca—Pero no me deja correr. ¿Si quisieras cuidarlo!

Luisita se siente feliz al tener entre las suyas aquellas manitas suaves como el terciopelo, al verse obligada a acortar sus pasos para acomodarlos a los del pequeñuelo, al sentirse protectora, maternal... grande a su vez.

Desde aquel día Luisita fué la encargada de cuidar a todos los hermanitos de sus amigas mientras éstas, sin la preocupación de cuidar a los pequeñuelos, corrían de un lado para otro.

Uno de los días, Luisita está en medio de la carretera, jugando al corro con todos sus protegidos. De repente el corro se deshace, corriendo cada uno por su lado como pajarillos asustados. Un automóvil avanza a toda velocidad por la carretera.

En su precipitación por salvar a todos sus protegidos, Luisita ha dejado atrás a uno de ellos: al más bobalicon de todos, a Carlitos. Un segundo más, y el pobre nene va a ser aplastado por las ruedas del automóvil...

Pero, no; una niña se lanza hacia él, lo toma por el brazo y lo empuja contra el borde de la carretera. Ha llegado a tiempo para salvar al pequeñuelo; pero el carruaje se lanza sobre su valiente salvadora.

Las señoritas que ocupan el automóvil hacen esfuerzos desesperados por detenerle, pero es inútil, el cuerpo de la pobre niña sale despedido a distancia por el encontronazo. Una de las ocupantes salta con precipitación del automóvil, y levantando de la carretera a la desgraciada criatura, exclama con pena:

—¡Pobre niña!

El grupo de chicos se acerca, y al frente de ellos Francisca. Luisita no se mueve. Está pálida, muy pálida... y ¡cosa horrible! hay sangre en sus vestidos.

—¿Está muerta?—pregunta Francisca con voz temblona.

—No, creo que no. Su corazón late. Respira. Gracias a Dios—exclama la joven—. ¡Pobre pequeña! Todo lo que tiene de pequeña lo tiene de valiente. Parece que abre los ojos.

En efecto, Luisita volvía en sí, en el preciso momento para oír que hacían alusión a su pequeña estatura; pero fue se por su estado de debilidad, o por la dulzura con que fueron pronunciadas las palabras, lo cierto es que no la causaron la menor pena.

—¿Es tu hermano este pequeño?—la preguntó una de las del automóvil.

—No, señora; es mío—dijo Francisca bajando la cabeza.

La herida de Luisita no era, felizmente, grave y la señorita del auto se impuso el deber de cuidarla, y no se separó de la cabecera de su cama hasta verla totalmente curada.

Luisita sabe desde entonces que un cuerpo pequeño, puede albergar un corazón muy grande.

Ocurrencias

Una mujer recién llegada del pueblo entra en una mercería y dice al dependiente:

—¿Me quiere enseñar unas medias?

—¿Qué número va a llevar usted?

—¡Cuántas quiere que lleve! ¡Pues dos! ¿O se cree usted que soy un cien piés.

—¡Mira, papá, aquel chico cómo se sube por las paredes de la plaza de toros!

—¡Eso no lo hagas tú nunca, pues sólo lo hacen los golfos!

Al día siguiente el niño va al colegio y el profesor le pregunta:

—¿Qué es golfo?

—Un chico que trepa por las paredes de la plaza—contesta el niño diligente.

Una buena lección

Volvía Marichu, acompañada de su madre, del colegio; y como de costumbre, fueron a entrar en la confitería para comprar un bollo, que era la merienda que todas las tardes tomaba la nena. En la misma puerta del establecimiento se acercó a ellas una niña mal trajeada que con voz lastimera imploró:

—Una limosnita, por el amor de Dios!

Buscó en el bolso la mamá de Marichu una moneda, y al comprobar que sólo llevaba lo necesario para comprar el bollo, con gran sentimiento de su corazón, la contestó:

—Lo siento, nenita; no llevo dinero.

Marichu, al salir del establecimiento, miró largamente a la pobre, y dijo dirigiéndose a su madre:

—Mamá, no tengo ganas de merendar. Le doy el bollo a esa niña.

—Sí, hija mía, dáselo.

Al llegar a casa Marichu, a escondidas de su madre, se fué al aparador y cogió un pedazo de pan, y se puso a comerlo. En esto llegó la mamá y al verla mascar, la preguntó:

—¿Qué comes?

—Pan—contestó Marichu poniéndose muy colorada.

—¡Qué buena eres!—la dijo su madre, dándole un largo beso como premio a su buena acción.

Un grave apuro

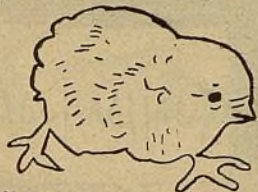
El párroco de Tripagorda fué invitado a una cacería en el pueblo de Villaconejos de Abajo. Como llegaron más invitados de los de la cuenta le colocaron a dormir con Pepito, niño que escasamente contaba un año.

A media noche el párroco de Tripagorda, debido a la abundante cena que le habían servido, se empezó a encontrar algo indispuerto; malestar que al rato se tradujo en fuertes retortijones de vientre, y como no encontraba donde hacer sus necesidades, después de mucho cavilar tuvo una ocurrencia.

Cogió a Pepito y lo trasladó a su cama, y sobre la del nene hizo sus necesidades, convencido de que con ello todo el mundo haría culpable al niño. Una vez que hubo terminado, al ir a trasladar al niño a su antigua cama, recibió una sorpresa desagradable. El niño, que por lo visto había cenado también fuerte, había hecho su gracia en la cama del buen párroco, al que colocó con ello en un grave apuro.

LOS PEQUEÑOS DIBUJANTES

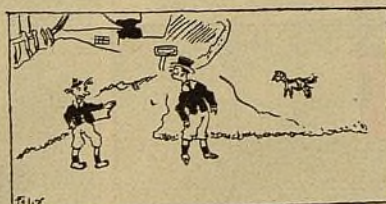
Un pollo de 5 días



Ma Teresa Alvarez
8 años jaen

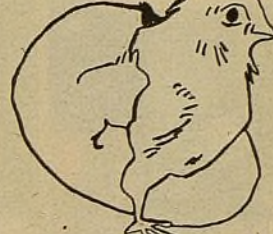


PICHI Mejicano
Juan M. Prieto



—¡Abuel que desde ayer tengo un hermanito!
—¿Cómo se llama?
—No lo sabemos aun no sabe hablar
Valencia E. FELIX 11 años

Un pollo saliendo del cascaron



Ma Teresa Alvarez
8 años jaen



La rana vanidosa

No bien la luna había aparecido y las estrellas se encendían en el firmamento tomando el aspecto de pequeñas monedas de plata, Ranita salía de su escondrijo de ramas y hojas y de un salto se acomodaba en la orilla de la laguna. Después de un momento de silencio, se aclaraba la voz y empezaba: ¡Cra!... ¡cracra!... ¡cra!... Este extraño monólogo, en el lenguaje de las ramas, quería decir ¡aquí estoy... ¡aquí estoy!

Luego, nuestro personaje se ponía a contar las estrellas, y el ¡cra!... ¡cra!... se sucedía hasta el infinito, como el número de las estrellas. Pero cuando el número de las estrellas era una excusa puesto que Ranita se colocaba allí, bien a la vista para que la gente que regresaba de la ciudad notara su presencia. Sabía que los hombres y las mujeres, los grandes y los chicos se detenían sorprendidos, admirando su vestido de color esmeralda, sus ojillos aterciopelados y los círculos de oro que le cubrían su cuerpo. Muy vanidosa la rana se hinchaba entonces para hacerse más bella.

—¡Cra!... ¡cracra!... ¡cra!

Los hombres se detenían para examinar sorprendidos:

—¡Qué hermoso color verde! Parece un vestido de primavera; es digno de una princesa.

Entonces las mujeres agregaban:

—¡Y qué ojos más brillantes tiene! Parecen de azabache, y se diría que esos círculos que lleva sobre el cuerpo son de oro puro. ¡Es tan bella como una reina!

Pues bien; ¿saben ustedes cómo es la vanidad?... Penetra en el corazón como si fuera una sutil ráfaga de aire; pero una vez dentro comienza a dilatarse como si fuera ni más ni menos que un globo.

Ranita no hacía otra cosa que mirarse en el agua del pozo.

—¡Digna de una princesa!... ¡Es tan bella como una reina!—se repetía mentalmente, y aunque en su vida jamás había visto una princesa ni una reina, sólo deseaba conocerlas para hacer una comparación.

Cierta noche, oyendo los chillidos de don Grillo, que vivía en un trigal cercano, Ranita decidió ir a su encuentro. Allí, sentado en un surco, estaba don Grillo probando en su violín una nota aguda, larguísima y estridente.

—Buenas noches, don Grillo—dijo la recién llegada.

—¡Hola, buenas noches, doña Ranita!—respondió el grillo haciendo una profunda reverencia—. Usted siempre tan hermosa, ¿verdad?

La rana, que se derretía ante el elogio, sonrió, para hacer resaltar más los círculos de oro que cubrían su rostro.

—¿Qué vientos la traen por aquí?—preguntó el grillo muy cortés.

—Lo he sentido tocar y quise escucharlo de cerca.

—¡Ah, sí!... Estaba repasando la lección antes de irme—contestó el grillo—

—Y... ¿adónde va usted?

—A la Corte.

—¿Qué Corte?... ¡Hable, hable!

—Dentro de unos instantes parto pa-

ra la Corte de la reina Plenilunio; allá hay concierto todas las noches.

Ranita no sabía nada, ni siquiera que existiese una reina que se llamara Plenilunio. Por otra parte, era la primera vez que Ranita sabía que don Grillo tocaba el violín en la Corte de aquel ignorado país. ¡Y con las ganas que ella tenía de conocer a una reina!

—¡Qué hermosa debe de ser la reina Plenilunio!—exclamó la rana con entusiasmo.

Entonces el grillo, siempre cortés, se apresuró a decir.

—¿Quiere venir, doña Ranita?

—Acepto encantada—respondió llena de gozo.

Don Grillo la rogó le diera tiempo para repasar varias veces las piezas que iba a ejecutar aquella noche. Además, había que esperar a la Cigüeña que viniera a buscarlos, pues ella les tenía que llevar hasta palacio. Doña Cigüeña no tardó en llegar, y poco después don Grillo y su compañera viajaban con la velocidad del rayo con dirección a la Corte.

Durante el viaje el grillo había explicado a su compañera que al final de la escalera de mármol se hallaba el trono.

La rana titubeó; no sabía si quedarse en el jardín, o subir por la blanca escalera de mármol. Por fin, segura de no ser menos que las elegantes señoras que acababa de ver entrar, se resolvió.

Los porteros quedaron sorprendidos al ver aquella cosita tan bonita y verde, que subía las escaleras con una tranquilidad desconcertante. Luego, suponiendo que se debía de tratar de un nuevo género de invitados, la dejaron pasar sin molestarla.

La reina siempre estaba aburrida y somnolienta; en este preciso instante escuchaba, medio fastidiada, el ceremonial que un viejo chambelán le repetía al oído.

De improviso se produjo un gran alboroto entre los invitados, y poco después se hacían a un lado para dejar pasar a la recién llegada: una minúscula damisela, vestida de verde esmeralda, con círculos de color de oro alrededor de los ojos, terminaba de

(Continúa en la pág. 6)



Los tres deseos

Había en un lugar tres muchachas, que todas las tardes acostumbraban a dar un paseo por la carretera. Una tarde se encontraron a un Hada, que las preguntó:

—¿Estáis satisfechas de la vida?

—No—respondieron las tres a coro.

—Pues ¿qué os falta, si tenéis juventud y alegría?

—A mí, el ser muy rica—respondió María.

—A mí, ser muy guapa—respondió Juana.

—A mí—respondió Lolita, que era la más pequeña de las tres—el que mi madre ciega recobre la vista.

—Os concedo a las tres lo que deseáis—respondió el Hada desapareciendo.

Al cabo de algún tiempo, iban de nuevo las tres muchachas juntas paseando por la carretera, y la única que iba alegre era Lolita, cuando se las apareció de nuevo el Hada.

—Estáis contentas?—las preguntó.

—Yo, sí—respondió Lolita—; gracias a tí soy la mujer más feliz del mundo.

—¿Y vosotras?—dijo el Hada dirigiéndose a las otras dos—. Parece que no estáis muy alegres.

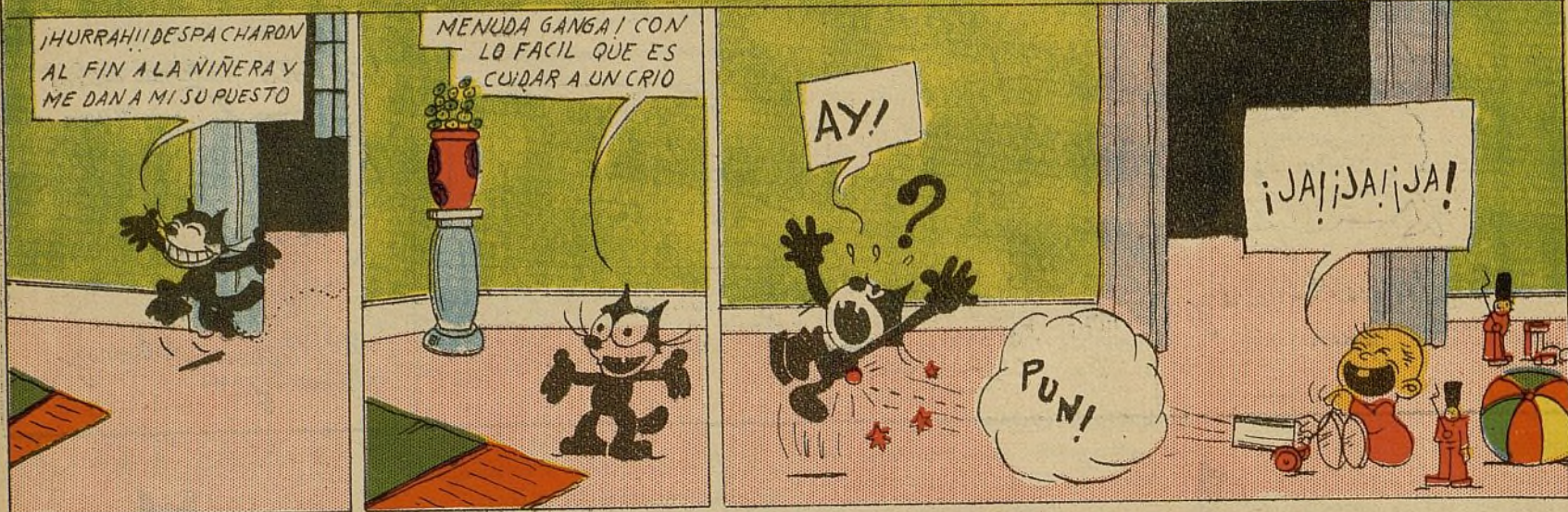
—¡Cómo he de estarlo—respondió María—si todos los mozos que me cortejan sólo buscan mi dinero!

—¿Qué te ocurre a tí?—preguntó a Juana.

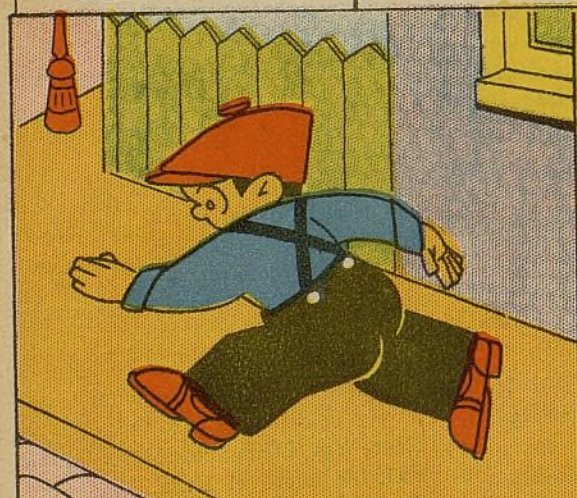
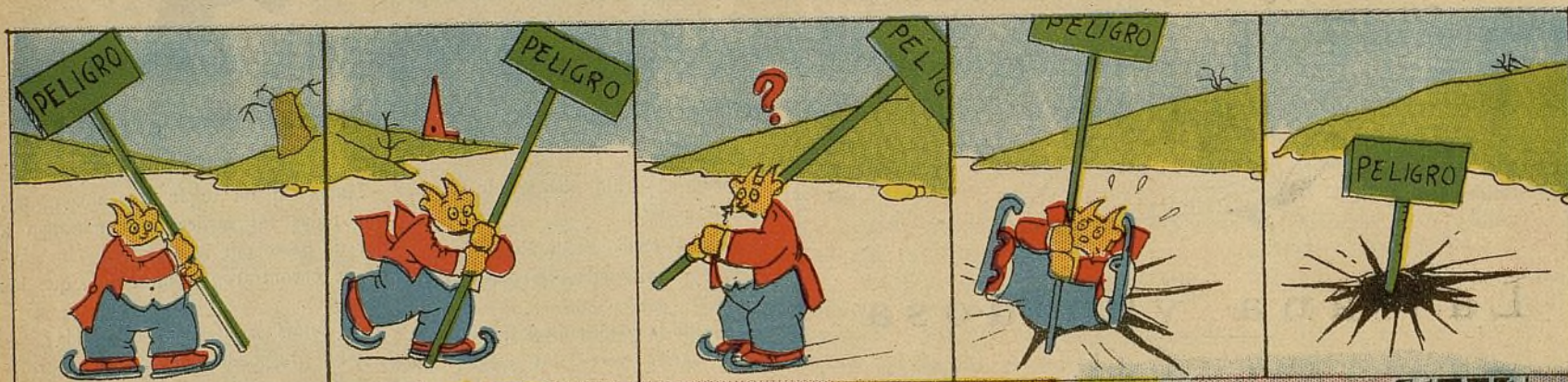
—Un día me dijeron que era digna de un príncipe, y desde entonces los mozos del pueblo me causan repugnancia... ¡Pero el príncipe no llega!

—Fuisteis demasiado egoístas en vuestras peticiones—respondió el Hada—y labrásteis vuestra desgracia, queriendo hacer vuestra felicidad antes que la de los demás, y tener en cuenta que no hay mayor alegría que hacer felices a los que nos rodean, aun a costa de nuestros propios sufrimientos. Por eso Lolita es la más feliz de vosotras tres.

Félix



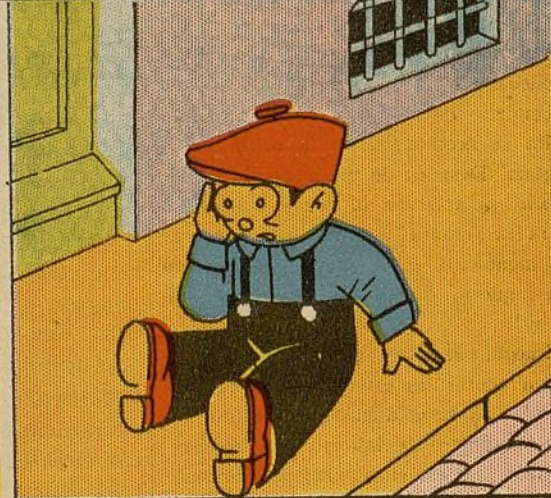
EL POBRE DIABLO



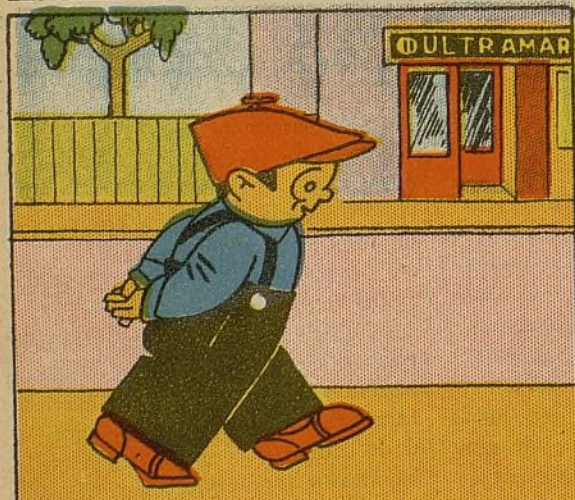
1.- Igual que una exhalación
Va Pichi a buscar carbon



2.- Y se cae un "batacazo".
Que casi se parte el bazo



3.- En esta triste postura
Lamenta su desventura.



4.- Sus males verán el fin
Porque existe el CARBODIN



5.- Que ahorrará mucho carbón
Y alguno que otro "morrón"



POR CADA CINCO PESETAS QUE VALE
UN BOTE DE CARBODIN, SE AHO-
RRAN CINCO DUROS DE CARBÓN.

...BOBI-CARABA...



La rana vanidosa

(Continuación de la pág. 3)

transponer la entrada del salón. Todo el mundo exclamó al unísono:

—¡Preciosa!... ¡Hermosísima!...

Doña ranita, comprendiendo que tenía asegurado el éxito, avanzó entre los invitados. Como por encanto el fastidio de la reina desapareció, y hasta las dos princesas, que eran las más lindas de la Corte, no hacían otra cosa que mirar a la recién llegada.

Cuando la inesperada invitada estuvo cerca del trono, la reina Plenilunio la preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¡Ranita!

Está de más decir que, a partir de aquel instante, la rana quedó alojada en la Corte.

—Adiós, don Grillo; dé saludos a mi mamá y a mis hermanos—dijo la rana a su amigo, cuando éste volvía al tragal del concierto.

Don Grillo llevó una buena noticia a los que vivían en la laguna:

—Ranita es el huésped favorito de la reina Plenilunio; está contenta y les envía muchos saludos.

Doña Rana tenía a su servicio una muchacha tan diligente como astuta. Esta, que había descubierto la debilidad de su minúscula señora, no hacía más que repetirse:

—Sí, infla, rana orgullosa; ya verás lo que te sucede el día menos pensado.

Cierta noche, mientras se metía debajo de las sábanas de un salto, la rana preguntó a su muchacha:

—Tú que vives aquí desde hace muchos años, ¿puedes decirme lo que se necesita para ser princesa?

—¿Lo que se necesita...—volvió a repetir la astuta muchacha, guardándose muy bien de demostrar el estupor que la producía la insólita pregunta—. Para ser princesa se necesita ser hija de reyes.

Al oír aquello, la rana no pudo ocul-

tar su disgusto; pero luego volvió a insinuar:

—Pero, dime, ¿no existe algún medio que permita a una transformarse en princesa?

—Sí existe.

—¿Cuál es?

—Contrayendo enlace con un príncipe. La que se casa con el hijo de un rey se convierte en princesa.

Aquella noche Ranita soñó que se había convertido en princesa; que se dirigía al pantano seguida de un cortejo interminable.

Cierta mañana, la muchacha, muy agitada, corrió a despertar a Ranita.

—¡Señora!... ¡Señora!... ¡Mañana llegan los príncipes!

—¿Y quiénes son ellos?

—El príncipe Tintán, que viene en busca de la princesa María... pero...

—Pero ¿qué?—volvió a preguntar la rana completamente emocionada.

—Pero si los príncipes la ven a usted, ¡adiós princesas!... Las dejarán para pedir su mano.

Al oír aquello, Ranita seguía inflándose como si fuera un globo.

A la mañana siguiente el reino de Plenilunio se despertó en fiestas. Cuando las princesas vieron llegar a Ranita, no pudieron reprimir una sonora carcajada. Y la cosa no era para menos: aquello que avanzaba ya no era Ranita, sino un pequeño odre de un color verdusco.

En efecto, desde el primer día que Ranita se estableció en la corte de la reina Plenilunio empezó a inflarse. Un poco hoy, un poco mañana, y un poco al día siguiente, el caso es que aquel día Ranita estaba a punto de estallar. La reina, preocupada por la salud de su huésped, la preguntó:

—¿Te sientes bien, Ranita?

—Perfectamente bien, majestad.

—Pero, entonces, ¿comes demasiado!

—Sí, mi reina, pero de hoy en adelante haré dieta.

La conversación fué interrumpida por la llegada de los príncipes. Cuando éstos entraron en el salón del trono no pudieron dejar de mirar aquel mi-

núsculo y ridículo globito que los observaba fijamente, con sus ojillos de terciopelo.

—¿Cómo te llamas?—la preguntaron

—¡Preciosa!... ¡Linda!... ¡Hermosísima!

Al oír aquello Ranita se hinchaba más todavía.

Tan o se infló que don Grillo, cuando vino a la noche para el concierto, casi se cae de sorpresa. Luego, cuando se repuso, le dijo a su antigua vecina:

—¡Por Dios, doña Ranita, no engorde más!... Está usted para estallar...

—No importa; soy feliz.

Y luego, acercándose a su amigo, Ranita le dijo unas palabras al oído.

Aquella noche el grillo llevaba una buena noticia para los de la laguna:

—Ranita está por convertirse en princesa.

Diez días después se celebraron las bodas.

—¿De Ranita—preguntarán ustedes.

Desgraciadamente, no. Se celebraron las bodas de los príncipes Tintán y Tintán con las princesas Juana y María.

Aquella misma noche el grillo, que regresaba del concierto, se detuvo en la orilla de la laguna sin tener el valor de llamar.

—¿Qué pasa, don Grillo?...

—Es que... Ranita...—dijo el grillo sin saber cómo expresarse.

—¿Qué?... ¿Murió?

—Sí; estalló como un globo. Desde hacia unos días se hinchaba, se hinchaba y esta mañana hizo ¡patapán!... y murió.

—Y los médicos, ¿qué dijeron?

—Dijeron que tenía una enfermedad muy grave.

—¿Sarampión?... ¿Dolor de muelas?

—No; sufría de vanidad.

En efecto; Ranita había estallado porque dentro de su cuerpo diminuto había entrado mucha vanidad.

Ocurrencias

Viajaban en un barco un inglés y un andaluz. El andaluz era aficionadísimo al juego, al contrario de lo que le ocurría al inglés, que le tenía odio a muerte.

Durante la travesía, cosa que ocurre muy frecuentemente en el mar, el barco empezó a hacer carreras con otro.

—¿Se apuesta usted cinco duros a que le damos alcance?—dijo el andaluz al inglés.

—Yo no tener costumbre de apostar—le respondió éste.

Como el barco llevara todas las máquinas a presión, y el andaluz no había desistido de hacer una apuesta con el inglés, se acercó de nuevo a éste y le dijo:

—¿Qué se apuesta usted a que hacen explosión las máquinas?

—Yo no apostar nada.

De pronto se siente una explosión enorme, y el inglés y el andaluz salen por los aires, debido a la explosión del motor.

—Yo apostarle los cinco duros a que subo más que usted—dice el inglés.

—Acepto la apuesta—le responde.

—Yo ganarle la apuesta por ser usted muy pesado.

Amor maternal

Una expedición de cazadores que se había internado por las selvas africanas, descubrió en una guarida de leones, unos cachorrillos que escasamente contarían cinco días, y que fueron transportados al campamento por los criados que les acompañaban.

A media noche unos fuertes rugidos, despertaron a los cazadores. Era la leona que había seguido la pista de los cazadores, guiada por el olfato y que decidida avanzaba contra ellos dispuesta sin duda a atacarlos.

Uno de los cazadores, al ver cerca a la leona, apuntó su rifle sobre el pecho del animal y disparó. La puntería no había fallado. La leona, arrojando sangre por la boca y arrastrándose, llegó hasta el sitio donde estaban sus crías, y después de lamerlos expiró.

—¡Pobre animal!—exclamó uno de ellos—. Lo más seguro es que estuviera convencida de que encontraría la muerte al acercarse a nosotros, pero el cariño maternal ha sido más fuerte que el instinto de conservación.

La Casa de Pichi

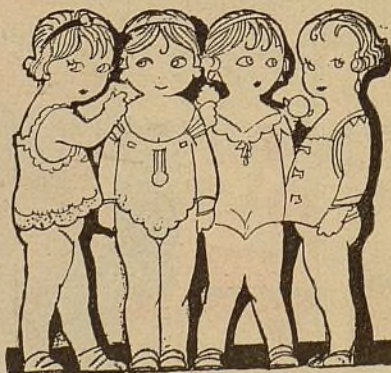
Los mejores y más baratos juguetes de todas clases para niños

Los Madrazo, 1 Teléfono 96247

MUNECOS PICHIS

El Pichi legítimo y patentado sólo lo venden en La Casa de Pichi, Los Madrazo, 1. Casa Colomina, Puerta del Sol, esquina Carrera San Jerónimo. Casa Llacer, Atocha, 49, y en los Kioscos del Teatro Pavón y Circo de Price.

Pichi regala a sus amiguitas una peseta



Pichi, acaba de editar cuatro grandes muñecas para vestir, de cincuenta centímetros de altas, en cartón. Se llaman, Cheché, Nené, Pilé y Teré. Pronto serán tan populares como el mismo Pichi, y con objeto de que las conozcan todas sus amiguitas, Pichi venderá un millar de ellas a mitad de su precio, o sea, UNA PESETA.

De venta en la Administración de Pichi, Mayor, 19. Para provincias, una peseta cincuenta céntimos.

Niñas, no dejéis de adquirir, antes de que os cueste más caro, las cuatro muñecas, Nené, Cheché, Teré y Pilé.



Chistes y colmos

—¿Cuál es el colmo de una niñera borracha?

—Beberse un chico.

—De modo que ya has terminado la carrera de abogado?

—Sí, y ya he tenido un pleito.

—¿Qué suerte!

—Con el sastre, que me llevó a los tribunales por no pagarle. ¡Y lo malo es que lo perdí!

—Señor, doctor, ¡hace tres días que no puedo comer!

—Pues pásese por mi casa, que le pondré una receta, que le abrirá el apetito.

—Si lo que me pasa es que no tengo dinero para comprar la comida.

—¿Cuál es el colmo de un zapatero?

—Poner medias suelas a una bota de vino.

—¿Cuál es el colmo de un guardia de la porra?

—Hacer circular a un cuadrado

—¿Cuál es el colmo de un relojero?

—Llamarse Minuto, y no querer que su mujer use medias.

—Mi marido murió de general

—El mío murió teniente.

—¿De qué cuerpo era?

—De ninguno, señora. Es que murió sordo.

—¿En qué se parece la exposición canina a la casa de un millonario?

—En que hay muchas perras.

—¿Cuál es el animal que hace falta para disparar un tiro?

—El gatillo.

—Mira si tiene fuerzas mi tío, que con una mano nos levanta a cuatro.

—Más fuerza tiene mi hermanito, que con la boca nos levanta a toda la casa.

—¿Cómo?

—Llorando.

—¿Cuál es el colmo de un solterón empedernido?

—Que le metan en la cárcel con esposas.

—A los dos años ya sabía yo la i.

—Entonces sabías menos que el burro de mi casa, que al año decía: ¡i... o... i... o...!

—Este pueblo está salvaje por completo. ¡No está en el zoco un moro vendiendo a diez o doce mujeres moras!

—¿De poco te asustas! ¡Mi sastre de Madrid vende al año cien o doscientas americanas!

El fraile que asistía a un condenado a muerte, le decía:

—¡Dichoso tú, que esta mañana comerás con el Señor!

Tantas veces repitió al reo el mismo estribillo, que éste, cansado de oírle, exclamó:

—¡Padre, si usted quiere podemos cambiar!

—Lo siento, hijo; pero hoy para mí es día de ayuno.

En el colegio.

—Las patatas ¿qué són? animal, vegetal o mineral.

—Son aves.

—¿Cómo?

—Sí, porque mi mamá dice que vuelan enseguida.

—Mi mamá es tan católica que no quiere comer judías.

—¡Pues no debe serlo mucho! Ayer le oí que le decía al lechero que por qué bautizaba a la leche.

Comunicado

Hemos recibido una carta del Presidente de la Unión Deportiva Pichi, rogándonos pongamos en conocimiento de sus socios y niños que simpatizan con la misma, la inauguración de su nuevo domicilio social, en la Plaza de Antonio Zozaya, número 15, principal, donde disponen de un buen local, en el que están establecidas las oficinas necesarias, para cumplir debidamente, el fin deportivo a que se dedica.

Aprovechamos la ocasión para desear a la naciente Sociedad Deportiva Pichi, grandes triunfos en lo futuro; que son de esperar, por el buen material que posee y la calidad de sus entrenadores.

